



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(José López Silva.)



—Me llevo á todo Cristo por delante  
y, bien representao, bien por escrito,  
donde quiera que voy, salgo triunfante...  
¡y que no se os olvide el encarguito!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Á esos!... por Eduardo Bustillo.—Lo inmutable, por Ángel R. Chaves.—¡Infeliz!, por Juan Pérez Zúñiga.—Á una amiga, por Eusebio Sierra.—Fiestas de Mayo, por M. Ossorio y Bernard.—Rogativas, por Sinesio Delgado.—Ideas rimadas, por Manuel S. Pichardo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: José López Silva.—Lo inmutable (cuatro viñetas).—Brindis (nueve viñetas).—Las rosquillas del Santo.—Las fiestas de Mayo, por Cilla.

## DE TODO UN POCO.

La próxima Exposición de pinturas va á ser notable, según afirman los críticos.

Por de pronto, ya ha terminado su cuadrito de flores (cordiales) la joven Eufrasina Mantecón. El papá nos lo ha traído al café, envuelto en un delantal, para que nos admiráramos.

—Esto lo ha hecho mi niña—dijo el hombre con la voz entrecortada por el entusiasmo.

—¡Qué bonito!—exclamó Bedmar poniéndose los anteojos.—¿Lo ha pintado ella sola?

—Solita.

—Bueno; y eso ¿qué es?

—¿No lo está usted viendo? Flores.

—¡Ah, sí! Ahora las veo; pero había creído que eran longanizas.

También el niño de D.<sup>a</sup> Sabina ha hecho un cuadro precioso para la Exposición.

Doña Sabina se ha empeñado en que su Gorgonio ha de ser una notabilidad pictórica, y le educó en el arte desde sus más tiernos años.

—Ya que he tenido la desgracia de casarme con un hombre oscuro, quiero que mi hijo brille—había dicho ella.

—¿Qué era papá?—preguntaba Gorgonio.

—Tu papá era cirujano sangrador, pero muy cariñoso al propio tiempo. No había quien pusiera las cataplasmas como él. En cierta ocasión le puso una á Narváez, y le dió la cruz de Cristo de Portugal. Además era fundador de una sociedad que llevaba por título *La harina de linaza*.

El chico fué creciendo y dedicándose él solo al arte de Pradilla.

—Estudia, estudia y verás cómo honras á tu patria—le decía la mamá.—Anda, coge el lapicero y copia esta lechuga.

Gorgonio se ponía á dibujar delante de la hortaliza, y acababa por hacer un besugo, ó una palmatoria, ó un barreño.

—¿Está bien?—preguntaba á la mamá.

—Está muy propia—respondía ésta cogiendo al chico y llevándose á la boca, como si se lo fuera á comer.

Después estampaba media docena de besos en sus mejillas y se quedaba tan satisfecha.

Gorgonio ha ido creciendo y hoy continúa dedicado al arte, con gran alegría de su mamá, que le tiene por un verdadero prodigio.

El muchacho se pasa la vida dándole á la brucha y gastando un dínaral en lienzo y colores. Hoy pinta un cordero sentado al pie de una encina que parece un aguamanil; al día siguiente una chula tocando la guitarra, y todo el mundo cree que es un sacerdote con pañuelo á la cabeza. De cuando en cuando va á buscar á un amigo, que es cachazudo y amable, como él sólo, y le dice:

—Eudósio, te necesito.

—¿Para qué?

—Para que me sirvas de modelo. Voy á pintar un árabe feroz y sanguinario.

Y coge al amigo, le envuelve la cabeza en un mantel, hácele empuñar un sable corvo y le sienta en el suelo con las piernas en cruz.

—¡Quieto!—le grita.—Á ver si adoptas una actitud cruel y despiadada.

El pobre amigo pone la cara feroz y se deja copiar con toda mansedumbre, hasta que acaba por quedarse dormido como un cachorro.

Entonces dice el pintor:

—¡Eh! ¡Eudósio! ¡Levanta la cabeza! ¡Frunce el entrecejo! ¡Dirígeme una mirada iracunda!

Cuatro ó cinco días después, Gorgonio presenta á su mamá el retrato del árabe feroz, y ella no puede menos de estrechar al artista entre sus brazos y besarle en la frente con frenesí.

—¡Ay, hijo de mi alma! ¡Qué artista eres!—grita entusiasmada la pobre señora, en tanto que dice el amigo ingenuamente:

—Pero ¿eso es un árabe?

—¿No lo estás viendo?—contesta D.<sup>a</sup> Sabina.

—Más bien parece un albañil.

Gorgonio ha hecho el retrato de su mamá para que figure en la Exposición de Bellas Artes.

Doña Sabina ha ido á ver á los señores que forman el Jurado de admisión, y les ha dicho:

—Yo sé que hay muchas intrigas, y es muy posible que no quieran ustedes admitir el cuadro de mi hijo. Por eso vengo á ver á ustedes. Sé que le tienen mucha envidia todos sus compañeros, porque vale...

—¿Dónde está el cuadro?—preguntó uno de los señores del tribunal.

—Aquí respondió la madre del artista, y fué á buscar á Gorgonio, que estaba en la antesala, esperando órdenes, con su cuadro metido entre las piernas.

—Entra, hijo mío—dijo D.<sup>a</sup> Sabina.—Presenta tu obra á estos señores.

El chico destapó el cuadro, que estaba pudorosamente oculto con una colcha.

—¿Conocen ustedes á la persona retratada? preguntó la mamá, llena de júbilo.

—Ya lo creo—dijo sentenciosamente uno del Jurado.—Está muy parecido.

¿Quién es?—preguntó otro.

—¿No lo está usted viendo? Don Manuel Recerra.

Luis Taboada.

## ¡Á esos!...

El Director ilustrísimo, el de *Comunicaciones*, que de sus comunicadas tan frecuentes quejas oye; oiga también esta queja de quien en duda no pone la pura limpieza de alma del Cuerpo que está á sus órdenes. ¡Ay! si halló Jesús un Judas y eran sus alumnos doce, ¿qué extraño que haya *co-rru-ptos*, de Correos Iserariotes,

que, echando al basurero del diablo el alma, franci de parte, vendan al honrado Cuerpo con sus besos de traidores?...

Allá va *el hecho* y mi queja vaya en mis declaraciones, no en carta certificada, por si hay quien me la viole,

Yo puse unos billetes (que me costaron sudores) encerrados en un pliego, y el pliego dentro de un sobre.

Certifiqué en toda regla con los sellos del importe, tomé el recibo... y pasaron dos días con sus dos noches.

Y recibí en telegrama estas palabras atroz: «Llegó carta *sin dinero*, *fractura no se conoce*».

Larcidos *sin conocerse* me echaron á unos calzones; así eran los remiendos de esos carti-saltadores.

¿Qué diestros están los pícaros en sus operaciones?

En sportinas y mierres

¡qué fines tienen los toques!

Abren, sacan las *entrañas*, y cierran, y dan el golpe sin mirar que, siendo más, son las entrañas de un pobre.

¿Qué? ¿Que no verifiquemos?

¿Que *declaramos valores*?

¿Que así, con laere y costura, el más hábil será un torpe?...

Va ni á *valer declarado*

he de bar plata ó cobre,

*lo pegado se despega*,

*lo curado se descura*.

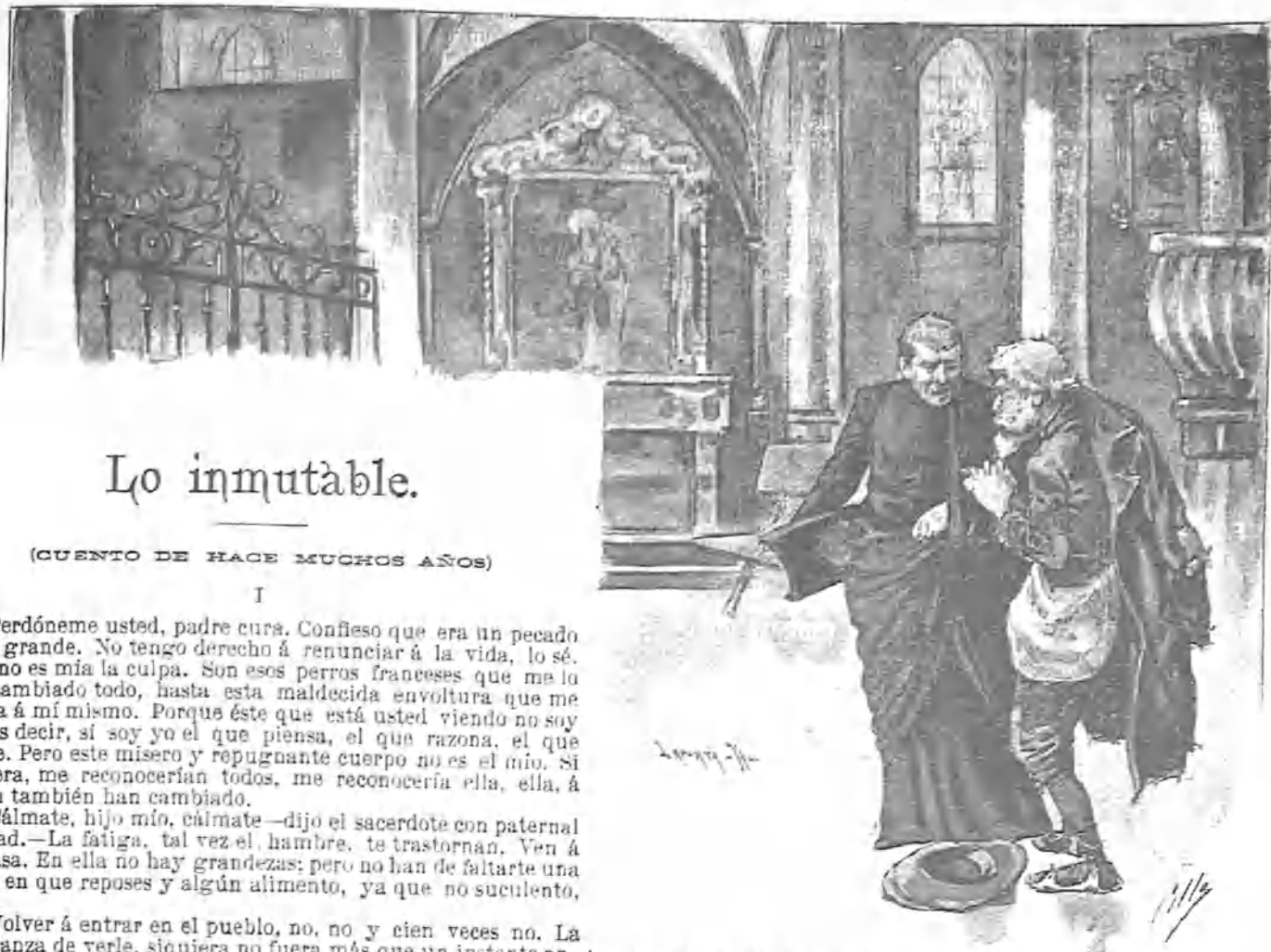
Aquí hay que romper los huesos á los que rasgan y rompen, no sea que almas de Judas á todo un Cuerpo deshonren.

Si, Director ilustrísimo; fuma, vigile, inspeccione, desde el Este hasta el Oeste, y desde el Sur hasta el Norte.

Y aunque tenga usted una hija que las tiermas almas robe, señor Alcalde mayor,

¡prendame á usted á los ladrones!

Eduardo Bustillo.



## Lo inmutable.

(CUENTO DE HACE MUCHOS AÑOS)

### I

—Perdóneme usted, padre cura. Confieso que era un pecado muy grande. No tengo derecho á renunciar á la vida, lo sé. Pero no es mía la culpa. Son esos perros franceses que me lo han cambiado todo, hasta esta maldecida envoltura que me oculta á mí mismo. Porque éste que está usted viendo no soy yo. Es decir, si soy yo el que piensa, el que razona, el que siente. Pero este misero y repugnante cuerpo no es el mío. Si lo fuera, me reconocerían todos, me reconocería ella, ella, á quien también han cambiado.

—Cálmate, hijo mío, cálmate—dijo el sacerdote con paternal bondad.—La fatiga, tal vez el hambre, te trastornan. Ven á mi casa. En ella no hay grandezas; pero no han de faltarte una cama en que reposes y algún alimento, ya que no succulento, sano.

—Volver á entrar en el pueblo, no, no y cien veces no. La esperanza de verle, siquiera no fuera más que un instante antes de morir, es la que me ha alentado en medio de sufrimientos indecibles y penalidades sin cuento. Pero ahora ya es otra cosa. Ya lo ha visto usted; si atentaba á mi vida, no era más que por quitarme de delante la visión de esas casas, que ya no son las que me vieron nacer, que ya no son las que encerraban todo cuanto he querido en el mundo.

El desgraciado lloró largo espacio y amargamente. Su interlocutor no hizo nada por enjugar aquellas lágrimas, comprendiendo que no eran infructuosas. Y era verdad; al propio tiempo que para dar alivio al que las vertía, servían para robustecer al sacerdote en la idea que desde el principio había formado.

Aquel mendigo cubierto de harapos, que debían haber sido en sus tiempos prendas militares; aquel hombre de enmarañada cabellera, casi blanca, y de hosco aspecto, podía ser, era indudablemente un loco, pero no el facineroso ó el impostor que suponían los que habían azuzado contra él aquella banda de granujas que, persiguiéndole á silbidos y á pedradas, le habían llevado hasta aquellas soledades.



Quando el infeliz hubo desahogado un tanto su dolor, el cura se sentó á su lado, sin cuidarse mucho de no manchar de polvo la raída y verdosa sotana que vestía, y poniendo en el suelo la voluminosa teja, murmuró casi al oído de su interlocutor:

—Como quieras, como quieras. Pudieras ser oveja descarriada, y mis deberes de pastor me mandan no dejarte hasta haberte hecho volver al aprisco. No es mal agua el llanto, si de las fuentes del arrepentimiento brota, para lavar culpas pasadas, y repara en que, por grande que sea ésta, no ha de parecerse ni al grano de la mostaza si se compara con la misericordia del que lee en los repliegues del alma del último de los pecadores como en libro abierto.

—¡Culpas!... ¡culpas!—murmuró el mendigo volviendo á exaltarse.—Los culpables son ellos, esos perros, que ya le he dicho á usted que no se han contentado con atormentarme años y años, sino que me reservaban para el final esta última prueba. El que me lo hayan robado todo, el que me hayan dejado sin techo bajo que guarecerme y sin pan que llevar á la boca, es lo de menos. Lo de más es el haberme despojado de mi propia personalidad, es el haber trocado de tal modo las cosas y las personas que amé, que sigo amando todavía, que ni nadie me reconoce, ni á mí, si no me hubieran dejado estos ojos del alma que no han podido quitarme, y para los cuales nada suponen todas las mentidas apariencias, me sería dado decir: he llegado, al fin, á la Hierosolimán celeste de mis sueños, he visto á mi Andrea, á mi Andrea, á la que debía ser mi mujer, á la que lo será cuando se deshaga este endiablado maleficio. Porque usted, usted, padre cura, disipará la influencia del sortilegio de esos condenados, y volverán las cosas al ser y estado en que estaban y deben estar eternamente. ¿No es verdad que el poder que le dan esos vestidos alcanza á eso y á mucho más?

—Llegar á hacer que las almas se purifiquen por el arrepentimiento aquí abajo es abrir las puertas de la felicidad eterna allá arriba. Pecador ó desdichado, habla, que mi deber es dar de beber al sediento, y tu espíritu sed tiene de consuelo.

El mendigo miró con reconocimiento al sacerdote. Tan poco hecho debía estar á que le hablaban con aquella bondad, que su exaltación se trocó en mansedumbre.

—Le contaré poco—murmuró, después de una pausa.—En cuatro palabras le contaré mis desventuras.

Y acercándose á su interlocutor, comenzó:

### II

—Si hubiera alguien que me reconociera le diría que allá por los comienzos del año 8, mis padres pasaban, no sin razón, por ser los labradores mejor acomodados de la comarca, mi casa por la más holgada del pueblo y yo por el mejor partido con

que hubieran soñado todas las mozas casaderas si hubiera habido una sola que ignorara que la única á que yo festejaba, la que tenía el monopolio de todas las ternuras de mi corazón era Andrea.

Mi boda estaba concertada para los primeros meses del año siguiente; pero las cosas tomaron otro camino. El francés se metió de rondón por las puertas de nuestra casa como amigo, y quiso ser amo. Los españoles, por lo menos entonces, éramos mal sufridos, y nos propusimos echar á la calle á los que nunca debimos dejar pasar, para lo que, mal que pesara á los que ocultaban con la capa del buen sentido su ruindad y su miserable egoísmo, de cada piedra brotó un soldado.

Yo no quise aguardar á que se me hiciese ir á la fuerza en defensa de la patria, y por mi voluntad, á los comienzos del otoño me ofrecí voluntario, siendo incorporado á uno de los regimientos á que tocó en suerte cortar el paso á Napoleón en persona, que acababa de salvar los Pirineos, dispuesto á hacernos aceptar, quieras que no, por rey á su hermano José.

La despedida no fué tan triste. Era tal la fe que teníamos todos en nuestro triunfo, que la ausencia la teníamos por breve. Andrea fué la que más lloró; pero no tardó en consolarse pensando en que si acaso todo serían unos cuantos meses lo que se retrasase nuestra boda. Desconfianza no podía haber. So- brado sabía ella que yo no había de olvidarla.

Las cosas no fueron bien desde el principio, y, sin embargo, las derrotas que sufríamos no entibiaban nuestro entusiasmo. La prueba de ello fué el ardimiento con que peleamos en Espinosa de los Monteros.

Pero allí acabó para mí todo. Un balazo que me alcanzó á última hora, cuando ya me creía en salvo en aquella retirada horrible, me hizo caer en poder del enemigo con un centenar de compañeros.



Después ya no volví á saber nada. En trailla, como perros, extenuados de hambre y de fatiga, obligándonos á exaltados á hacer jornadas imposibles, nos llevaron á Francia, donde se nos olvidó por completo en depósitos en que dormíamos sobre fango, y donde, por todo sustento, se nos daba un pedazo de pan negro y mohoso.

Cuánto tiempo estuve allí no lo sé. La oscuridad eterna y el aislamiento absoluto hacen perder la noción del tiempo. Debían haber pasado muchos años cuando me dejaron libre. Pero ni entonces pude volver á mi patria.

¿Cómo he vuelto ahora? También lo ignoro. ¿Usted no sabe lo que es no tener nada ni á nadie á quien volver los ojos? Lo que sí sé es que, á fuerza de fatigas, he llegado aquí. Pero ¿qué he visto. Dios mío, qué es lo que he visto?

Mi casa se la han llevado. Yo sé perfectamente el sitio en que estaba situada, y allí no está. He citado nombres y nombres, y nadie de los que los llevaban existe. Unos me dicen que han muerto; otros me los enseñan y no los conozco... ¿No son ellos? ¡no son ellos!

Andrea misma no es Andrea. Aquella luz de sus ojos azules se ha apagado para siempre; sus labios no son aquellos labios rojos como cerezas y frescos como las flores que cortaba por su mano para hacer ramos que llevar á la Virgen, y aquel pelo rubio y sedoso es un manojito de cerdas ásperas y mal peinadas, en que las canas le dan un vago parecido á su madre.

¿Qué más?... A mí también me han trocado por otro. Acabo de verme en un trozo de espejo encontrado en un muladar, y estas arrugas no son de mi rostro. Estas barbas, estas maldecidas barbas blancas como el lino, son un disfraz que me han puesto para que no me reconozca nadie.

Por eso, cuando digo mi nombre, se ríen de mí, me llaman impostor y los más benévolos me enseñan una lista en que figuro entre los muertos de la batalla de Espinosa.

Si usted no puede deshacer el sortilegio que lo ha cambiado todo, ¿de qué sirve esa religión que llama fuente de todo consuelo y remedio de toda desdicha?

### III

Al oír estas últimas palabras, el sacerdote, que le había estado escuchando con lástima, se levantó dirigiéndole una mirada severa.

—Antes de blasfemar, sabe que todo cabe en la voluntad del que nuestra pequeñez sólo imperfectamente vislumbra cuando mejor cree comprenderle. Lo que pides, sin saberlo tú mismo, es humanamente imposible y, sin embargo, en tu mano está realizarlo. Sígueme. Ya no es que yo te lo ruego; te lo mando. Si el médico del cuerpo es inflexible cuando se trata de la salud del enfermo, ¿por qué no ha de serlo el del alma?



El mendigo, como si el cura ejerciera una extraña fascinación sobre él, se puso de pie, dispuesto á seguirle.

En aquel momento la tarde declinaba. A lo lejos una campana comenzó á tañer, llamando á las oraciones.

—¡Ella está! ¡ella está! —murmuró el mendigo, escuchando con arrobamiento el amortiguado sonido del bronce. ¡Esa sí que es la misma, la misma de siempre!

Una imperceptible sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del sacerdote, que se encaminó hacia el pueblo. Su acompañante, á pesar de la aversión que había manifestado á volver á aquellos lugares que destruyaban su alma al recordarle sus dichas de ayer, sus desventuras presentes, le siguió sin vacilar.

Cuando hubieron atravesado algunas calles, el cura se detuvo. Estaban delante de la iglesia.

—¡Entrad! —murmuró sencillamente. El desventurado, el pecador, el loco, lo que fuera, le obedeció como antes; pero al verse en el interior del templo, su rostro se transfiguró, mientras murmuraba en un transporte de indecible ventura:

—¡Aquí! ¡aquí! ¡Aquí es donde nada ha cambiado! Esa, esa es la capilla á que me traía mi madre á rezar siendo niño. Junto á esa columna vi á Andrea por vez primera.

Y después de señalar uno por uno todos los rincones del santuario, como si en ellos viera renacer una vida de paz y de felicidad inefables, murmuró sollozando:

—¿Por qué, por qué no está todo así? El cura le miró con aire de triunfo, y se limitó á contestar con profunda convicción, pero sin el menor asomo de énfasis:

—¡Porque aquí está lo solo inmutable! Y mientras el mendigo caía de rodillas gritando: «¡Perdón, padre mío, perdón!» la campana, que seguía tañendo pausadamente, parecía gemir también, nostálgica de esas regiones en que nada, ni el tiempo mismo, es capaz de desvanecer ni transmutar lo que hay en nosotros de noble y de puro.

Angel R. Chaves.

# Brindis.



—Por usía y por la compañía.



—Por la prosperidaz del gremio y por que haiga unión.



—Por la eterna felicidad de los nuevos cónyuges y de sus futuros vástagos...



—Por el triunfo de nuestros ideales, que representan el bienestar y engrandecimiento del país.



— Por el insigne autor de *El labique misterioso*, cuya fecundidad iguala á la de López de Vega...



—A la salud de nuestro digno anfitrión y de toda su respetable familia.



— ¡A la saludita de los barbianses con circunstancias, que saben orsequiár á las mujeres!



—A la memoria de aquel insigne sabio á quien cupo la honra de fijar con exactitud el valor fonético de la erre.



—Pa que revienten toos los que explotan al proletario y pa que el hombre sea considerao y... ya hemos acabao.

## ¡Infelice!

—¡Yo soy muy desgraciado!  
(me decía Cornelio compungido).  
Cinco novias *cabales* he tenido  
y casarme con todas he pensado.  
Mas cuando estaba ya dispuesto todo  
para la ceremonia,  
de un modo ó de otro modo  
me ha ocurrido algo malo con Antonia,  
con Pura, con María,  
con Estrella y, en fin, con Rosalía;  
es decir, con las cinco á las que ufano  
he querido entregar mi blanca mano.

¡Antonia me adoraba!  
De mi lado jamás se separaba  
sin darme un tironcito del bigote  
ó un mordisco afectuoso en el cogote.  
Pero el día dichoso  
de la amonestación número uno,  
se me escapó la infiel con un tal Bruno,  
comerciante en betún y tartajoso.

Pues ¿y la encantadora Rosalía?  
Próximo ya de nuestro enlace el día,  
quiso la fiera Parca  
que mi novia cayese en una charca.  
Y á pesar de sus buenas condiciones,  
tan húmeda quedó que dije «*nonnes*»,  
causándome un perjuicio pistonudo,  
pues ya había comprado  
para el hogar sagrado  
dos jaulas, una percha y un embudo.  
¿Y lo que luego me pasó con Pura?  
Seis días antes del que fué elegido  
para que actuase el cura,  
me aseguraron de mi prenda amada  
que tenía postizas varias cosas  
y un hijo de matute en Fuenlabrada.  
En resumen, la boda se deshizo;  
porque á mí me revienta lo positivo  
y me asusta la prole inesperada.

La cuarta fué María.  
¡Lo mismo que un borrico la quera!  
Pero estando ya próximo á casarme,  
la madre de la joven dió en pegarme  
misteriosos sablazos  
para hartarse la indina de aguardiente  
y enseñar á su tórtola inocente  
á pescar una curda cada día.  
Y no admitiendo yo tales bromazos,  
¡oh desgracia la mía!  
tampoco llegué á unirme con María.

Quise, por fin, á Estrella Rocamora,  
la que es hoy mi señora.  
—¿Y qué mal te ha ocurrido con Estrella  
si, después de quererla como un loco,  
te has casado con ella?

—¡Pues... eso mismo! ¿Te parece poco?

Juan Pérez Zúñiga

## A una amiga.

Agradezco como siempre  
sus atenciones, señora,  
y el cariñoso recuerdo  
con que me enaltece y honra;  
pero hoy no está para bollos  
el horno ni para tortas,  
y en vez de lo que me pide  
le mandaré por la posta  
en estos cuatro renglones  
cuatro frescas sustancias,  
porque ya me voy hartando  
de las amiguitas posmas.  
Dice usted que hace ya mucho  
que no me cansa ni agobia  
con sus pretensiones—creo  
que hace una semana corta—  
y que, como soy tan fino,  
—mil gracias por la lisonja—  
se atreve usted á suplicarme  
que le envíe sin demora  
un palco para el teatro  
donde hagan la mejor obra.  
Sí, la mejor... ¡los que pagan  
que vayan á ver las otras!

Pues, amiga mía, siento  
decirle, por si se enoja,  
que en cuanto á regalos míos  
aquí se rompió la saga;  
porque usted se ha figurado  
que las empresas se forman  
y autores y comediantes  
luchan y pasan zozobras  
para que vayan ustedes  
á divertirse *de gorra*,  
y eso es tomarnos el pelo,  
y antes que el pelo la bolsa.  
Sepa usted que del teatro  
viven miles de personas,  
y que si no entra en taquilla  
dinero para la nómina,  
corren el grave peligro  
de morirse de hambre todas...  
¡y eso es triste, especialmente  
para el pobre á quien le tocan!  
Pues bien, si ustedes no pagan,  
los otros, claro, no cobran,  
y por falta de equilibrio  
el arte se desmorona,

Lo que será mucha lástima,  
por más que á usted no le importa.  
Además, ¿de quién se exige  
que trabaje por la gloria?  
¿Pide usted al zapatero  
que le regale las botas?  
¿Pide usted á su modista  
que la vista á usted á la moda  
sin cobrarle las hechuras,  
ni las telas ni las blondas?  
¿Viaja usted en el tranvía  
sin soltar la *perra gorda*?  
¿Le sirven á usted un almuerzo  
de balde en alguna fonda?

¿Ni voy yo á que su marido,  
que es un dentista de nota,  
me limpie todos los meses  
gratuitamente la boca?  
Pues entonces, ¿á qué santo  
solicita usted, señora,  
billetes gratis, que cuestan  
al que los da muchas onzas?  
Si quiere usted divertirse,  
de hoy más añoje la bolsa,  
y sino, estése en su casa  
y haga por las noches colcha.  
Mande lo que guste, aparte  
de lo dicho y de otras cosas.

Eusebio Sierra.

## LAS ROSQUILLAS DEL SANTO



—Anda, Javier, echa otro par de puñaos de tierra, que esto  
está muy blando entoavía.

## FIESTAS DE MAYO

Llamó el cartero á mi puerta  
y, mediante un perro chuen,  
me hizo entrega de la carta  
que aquí, á la letra, transcribo:  
«Querido Manuel: Estábamos  
pensando ya en San Isidro  
mi parienta, las cuñadas,  
los abuelos y los niños,  
dudosos aún de ir á verter  
y comprar unos botijos,  
cuando *La Correspondencia*  
acabó de decidirnos.  
Vimos que el Ayuntamiento,  
por dar á esa corte brillo,  
prepara grandes festejos  
y primores nunca vistos;  
que suprima, al efecto,  
no sé que de tienda-asilo,  
de inválidos del trabajo  
y algunos otros capítulos.

Todo para protegernos,  
todo para divertirnos  
á las de Villamenguada,  
Villarranica y Yalleindigno.  
Así que, en cuanto el anuncio  
en el periódico vimos,  
acordamos risarros  
de un modo definitivo.  
Nada de molestias, nada  
de que hagas un sacrificio;  
allí donde comen cuatro  
comeremos veinticuatro.  
Los colchones de tus camas,  
por los malos repartidos,  
nos concederán de suano,  
porque el caso es divertirnos;  
y aunque pasemos las noches  
rotando ó dando gritos,  
tú no te ocupes de nada  
y duerme y muca tranquilo.

Eso sí, necesitamos  
para nos saques los permisos  
para ver todas las cosas  
que no conozcan mis chicos:  
una sesión con escándalo,  
un funeral con obispos,  
una revista de tropas  
y una función de novillos.  
Y queremos ver las fieras  
y los teatros y los circos,  
algún *meeting* si se tercia  
y unos fuegos de artificio.  
Iremos seguramente  
yo y mi mujer y los hijos,  
en junto siete; el alcalde,  
al que todos hemos dicho  
que podría ir á tu casa  
como al propio domicilio.  
Van también, porque no digan  
y por puro compromiso,  
el alguacil con un cáncer  
que ya un ojo le ha comido,  
y quiere ver si en San Carlos  
le ponen otro postizo:  
la mujer del estanquero,  
que va á consultar contigo  
qué médico podrá verla  
en un caso intrincadísimo,  
pues no sabe si está hidrópica  
ó si va á tener un chico;  
su cuñado el fiel de fechos,  
que anda detrás de un destino  
y quiere le recomiendes,  
para lograrlo, al ministro:  
dos amas que buscan eria  
y también cuentan contigo,  
y el cura, que va á la corte  
á comprar un velocipedo

y un corsé-regente, para  
el ama, de los más finos.  
Te llevamos para el gasto  
medio capacho de higos,  
una moua con dos huevos  
y cuatro ó cinco cuartillos  
de un vino que va picándose  
y va á perderse de fiyo.  
Llegaremos á ésa el viernes  
ó el sábado ó el domingo:  
sal á esperarnos, no sea  
que nos quieran dar un timo;  
y como será temprano  
é iremos con apetito,  
tennos un buen chocolate  
con torreznos y chorizos.  
Y sin más por hoy, te abraza  
de todas veras tu amigo  
Juan Custodio, secretario  
del pueblo de Valleindigno. a  
—¡Juanal—dije á la criada.—  
Si ves llegar á una tribu  
de paleros, no les abras:  
diles por el ventanillo  
que me he muerto de viruela,  
que tiene difteria un chico,  
que de aquí sale cadáver  
todo el que penetra vivo.  
Que el portero imite á un perro  
con lastimeros ladridos,  
y tú añades que está el pobre  
malo porque le ha mordido  
otro que tiene hidrofobia,  
y que va á rabiar de fiyo...  
¿Qué murmuras? ¿Que si insisten  
qué vas á hacer? Muy sencillo:  
aquí tienes mi revólver...  
¡utiliza sus seis tiros!

M. Osorio y Bernard.

## ROGATIVAS

Déme Dios el trabajo corporal,  
que ni al alma ni al cuerpo sienta mal,  
y si causa fatiga alguna vez...

¡ésa es una afección  
que se cura durmiendo de un tirón  
ocho horitas ó diez!  
Y apárteme el Señor de este trajín  
que no deja vivir ni sosegar,  
y estrujando el cerebro sin cesar,  
le da mareos y le agota al fin.

Cuando es un hombre mozo de corbel  
y carga con un fardo ó un baúl,  
pone al orden social de oro y azul  
porque está desquiciado, según él;  
pero apaga con vino su rencor,  
se tumba en una acera ó un portal  
y despierta después con más vigor,  
y en la frescura y lozanía igual  
á la más rogante coliflor.

Pero el que tenga el vicio de escribir  
y viva de su pluma, mal ó bien,  
cuando quiera dormir, ¡qué ha de dormir  
aunque apele al Jamaica ó al Ojén!  
En vano en el reposo y la quietud  
buscará el necesario bienestar  
que le ha de conservar  
la fuerza, la energía y la salud...  
¡Le asaltará un asunto en embrión,  
le bailará una idea en el magín,  
y creará que la tela del colchón  
se ha convertido en piel de puerco-espín.

.....  
Apártame, Señor, Dios de Israel,  
este colir de hiel,  
y haz que pueda dormir, porque si no,  
en la tumba caeré de un modo tal  
que en el juicio final  
estará todo el mundo ¡menos yo! (1)

Sinesio Delgado.

## Ideas rimadas.

¿Por qué luces, ceñida á la cintura,  
hoja que no has de manejar con brío?  
Enterrado en su estrecha sepultura,  
tu acero tiembla, no de ardor, de frío.  
Hora es ya de esgrimirlo con bravura  
y dar honor al bélico atavío;  
pues solamente vive deshonrada  
una virginidad: la de la espada.

Tú, con recuerdos soñando;  
yo, de esperanzas viviendo.  
Que soy más feliz entiendo,  
pues más que un *¡ya!* vale un *¿cuándo?*

Á la ausencia, la muerte es preferible;  
el reposo es el fin de su agonía,  
en tanto que la ausencia es más horrible,  
porque es muerte que *vive* todavía.

Yo no quiero ir á la guerra  
porque estás dentro de mí;  
pudieran darme un balazo  
y te podrían herir.

No emudezcan tu cítara gloriosa  
los gritos de la envidia y del insulto;  
que es la voz más hermosa  
la que se deja oír entre el tumulto.

Cien almas, según el censo,  
tiene el pueblo en que te hallas;  
deben ser noventa y nueve,  
porque tú no tienes alma.

Manuel S. Richards.

## LAS FIESTAS DE MAYO



—Chiiiiis... ¡pum!  
—¡Aaaaaaaaah.....!

(1) Escrita la anterior, caigo en la cuenta de haber hecho ya otras coplas con parecido asunto, es decir, quejándome de la falta de sueño. Perdóneme Dios y el ciudadano á quien *vení* el otro día en la *Correspondencia particular* por dedicar una oda á los cigarrillos de cuarenta céntimos.

## CHISMES Y CUENTOS.

Recomendamos eficazmente á cuantos administradores de periódicos la presente vieren y entendieren que... tengan muchísima paciencia para tratar con los corresponsales.

Esta recomendación es completamente inútil tratándose de D. José Vázquez, de La Línea, que tiene la ventaja de no parecerse á ningún otro. No se retrasa en los pagos, ni los hace por cantidades insignificantes, ni se le olvidan picos, ni hay que andar con él en dimes y diretes...

¡No! ¡Ya se sabe que no paga de ninguna manera!

Es cosa corriente que los asuntos del municipio andan manga por hombro.

Deudas por aquí, servicios abandonados por allá, desbarajuste por acullá... En fin, aquello parece que no tiene remedio.

Pues, sin embargo, hay tantos ciudadanos amantes del orden, del arreglo y de la dicha de sus convecinos que no vacilan en luchar con todas las armas y hasta gastarse el dinero por formar parte del Ayuntamiento y trabajar día y noche para arreglar el cotarro sacrificando sus intereses y abandonando sus negocios particulares...

¡Y luego diremos que no hay virtudes cívicas!

Inocencia, con paciencia,  
pobre y enferma se ve,  
¡y dice la gente que  
Dios protege á la Inocencia!

RAMÓN CABALLERO.

Continúan los solemnes funerales por los naufragos del *Reina Regente*, para demostrar que no tendremos buenos barcos, ¡eso jamás! pero que antes perdemos el modo de andar que el lustre de las funciones religiosas.

Entre tanto, y para que no se diga, en todas partes se cubren suscripciones, se dan beneficios, representaciones dramáticas, corridas de toros y partidos de pelota para aliviar la suerte de las familias de las víctimas.

Todo lo cual está muy bien, y sólo falta una cosa.

Que se reúnan en un fondo común los donativos, que ahora andan un poquito desperdigados, que se saque la cuenta exacta y que se distribuya todo, absolutamente todo lo que se recauda.

Porque, la verdad, en ese punto no las tenemos todas con nosotros.

Leo:

«La respuesta satisfactoria del Japón á las reclamaciones de las potencias unidas ha producido excelente efecto, y la prensa considera este acto como una victoria diplomática.»

La prensa, á ese paso, considerará también victoria diplomática la acción de Inglaterra en Corinto. Y vamos adelante.

«Algunos periódicos añaden que parte de esa victoria corresponde á España (saluda, Rosita), que ha prestado mucha fuerza moral adhiriéndose á las tres potencias.»

¿Que si ha prestado mucha fuerza moral? ¡Ya lo creo! En el Japón se nos respeta extraordinariamente, nos tienen un miedo...

Peró no acaba ahí la cosa:

«Este *debut* prestó al nuevo Gobierno de Cánovas gran autoridad en el concierto europeo.»

¿En qué quedamos? ¿Se quiere usted quedar con nosotros ó con Cánovas?

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Zambombita*.—Ha padecido usted una lamentable equivocación. Porque eso no es imitación de Ricardo de la Vega, sino de uno que no contaba las sílabas.

*Fantasma*.—Bueno es tener corazón de artista efectivamente, pero no es malo tener de paso algo de retórica.

*Camelo*.—Pues... verá usted:

«Desde que Dios la interpuso en mi camino  
es la adorada ilusión de mi destino.»

Son dos endecasílabos que... no son tales endecasílabos. Y sin un poquito de oído no debe uno lanzarse á escribir menudencias.

*Torrevelena*.—La cuestión es que los séptetos no son así precisamente. Porque es preciso que todos los versos tengan once sílabas, que rimen de otro modo, y... que no se diga en ellos que «la rousa vos del trueno recorrió el espacio llevando las gigantescas cruces del calvario», porque... es una inverosimilitud muy grande.

*Jenaro*.—El caso más *gordito*, como usted dice es que está malísimamente versificada, de la cruz á la letra.

Sr. D. M. P.—Se presentó y recomendó, pero... no fué admitida. Siento darle el disgusto, pero ¡á otra!

Sr. D. A. L.—Los sonetos que acabas con una salida de tono están llamados á desaparecer.

*Se-gu-ro*.—Tanto el estilo como el asunto son de un gusto completamente pasado de moda.

*Castelá*.—Entre *goso* y *gracioso* hay un abismo, aunque á algunos les pesa, pues la *se* y la *ce*

ni ganas tienen de sonar lo mismo.

*Ojo de Ojo*.—Nada de dedicar quintillas lacrimosas á los infelices que van á Cuba ¡Demasiada desgracia tienen ellos!

*Troca*.—Muchas perrerías se le han dicho al mar desde tierra firme, pero en versos tan malos como esos, ¡ahí así! ¡Cómo las otras le van á parecer merengue puro!

Sr. D. J. T.—Se ve que anda usted en los comienzos. Tal vez trabajando y estudiando...

«*¡Si será simple!*»—Simple no, señor, pero sencillo, ¡ahí! demasiado sencillo, porque no huye usted á tiempo de las vulgaridades.

*Los reñideros*.—Las patronas... ¡ahí! las patronas abusan de los huéspedes, en efecto. Pero también abusan los caseros, las suegras y los ingleses, y no se debe decir una vez más.

*Maruchicón*.—Nuevecinta es la diez y flameante la guasa viva, y... no se moleste usted en mandar postales de esa clase.

*Torreado*.—De esos torreados, niño, si no te ofendes,

hay muchos en la costa,  
de los imbéciles.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑÍA COLONIAL**  
TAPIOCA TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPOSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 1.º primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1905.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Luzcázar, 14 duplicado.—Teléfono núm. 324.